

José León Sánchez

Tenochtitlan

LA ÚLTIMA BATALLA DE LOS AZTECAS



EDITORIAL
UCR

José León Sánchez

Tenochtitlan

LA ÚLTIMA BATALLA DE LOS AZTECAS


EDITORIAL
UCR
2020

863.44

S212t Sánchez Alvarado, José León, 1929-
Tenochtitlan: la última batalla de los aztecas /
José León Sánchez. –1. edición– San José, Costa Rica:
Editorial UCR, 2020.
xxxii, 398 páginas: ilustraciones (algunas a color)

ISBN 978-9968-46-826-8

1. NOVELA COSTARRICENSE. 2. AZTECAS –
NOVELA. 3. NOVELA HISTÓRICA. I. Título.

CIP/3470
CC/SIBDI.UCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2020.

Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA), perteneciente al
Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Pamela Bolaños A.* • Revisión de pruebas: *Ólger Calderón A.*
Diseño de contenido: *Raquel Fernández C.* • Diseño de portada: *Boris Valverde G.*
Ilustración de portada: Museo Nacional de Antropología, CDMX, México. Brasero mexica antropomorfo rea-
lizados por los mexicas. Chicomecóatl descrita en el Códice Borgia. Chicomecóatl (en náhuatl: chicomecoatl,
'siete serpiente' 'chicome, siete; coatl serpiente') era la diosa mexicana de la subsistencia, en especial del maíz,
principal patrona de la vegetación y, por extensión, diosa también de la fertilidad. La Piedra del Sol o también
llamada Calendario Azteca. • Diagramación: *Priscila Coto M.* • Control de calidad: *Abraham Ugarte S.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: abril 2020.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. San José, Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr



Contenido

xi	Presentación
xiii	Tenochtitlan: un estudio preliminar
xxxiii	“Tenochtitlan”
1	I
11	II
17	III
21	IV
33	V
45	VI
55	VII
67	VIII
81	IX
93	X
109	XI
117	XII
129	XIII
143	XIV
151	XV
161	XVI
171	XVII
183	XVIII
195	XIX
211	XX
229	XXI
241	XXII
259	XXIII
273	XXIV
293	XXV
321	XXVI
343	XXVII
361	XXVIII
383	XXIX
399	Acerca del autor

I



El señor sacerdote de Cara Negra posó la mano sobre mi cabeza y dijo:
—Serás Amoxua y, un día, señor de Cara Negra.

Eso me dijo el señor sacerdote cuando yo cumplía doce años y ya había pasado más de tres en la Casa de los Estudios del Templo, sirviendo a nuestro señor Quetzalcóatl. Mi señor padre, Murmullo del Viento, se quedó mirando, durante un tiempo que me pareció eterno, el centro de mis ojos y agregó:

—Serás predilecto del señor de Cara Negra y nada se te ha de ocultar entre las orillas del tiempo. Serás sabio como el puente que viene con el chorro de agua de Chapultepec, y podrás encontrar la sabiduría que se esconde en cada una de las piedras del camino, desde aquí hasta la nación de Tlaxcala y desde la nación de Tlaxcala hasta la tierra de la fruta, donde el mar se hace enorme al juntarse con el cielo y donde habitan los totonacas.

Ese día, esa tarde, esa noche, mi madre estuvo siempre a mi lado como si supiera ya lo que sabría y es que mi padre, el Tequitlato de la Casa de los Sabios, iría al día siguiente a dirigir la danza contra un pueblo de los tarascos y nunca más habría de volver. Y digo que sabía lo que sabría, porque a la otra mañana, cuando las garzas iniciaron su juego por entre las redes de los pescadores en la gran laguna de Tenochtitlan, ya tenía el rostro y las manos y la cabeza llena de ceniza, como lo hacían siempre las mujeres cuando los hombres se iban para la guerra y había peligro de que no regresaran. Y así fue. Mi señor padre nunca más

regresó de las guerras contra los vecinos de Michoacán, y mi madre se pasó muchos años con la cabeza rapada y las manos y los ojos y el vestido lleno de ceniza, como la mujer cuyo esposo nunca volvió.

Después, ingresé en el Tepuchcalli para aprender la historia de los Amoxuas y la sabiduría de los Tequitlatos, quienes sabían leer la historia del tiempo en los libros de colores. La historia de los nudos de color amarillo. La historia de los nudos de color azul y blanco y rojo, donde los sabios escribían las cosas que habían pasado desde el tiempo de nuestro señor Moctezuma, nuestro señor Tizoc, nuestro señor Nezahualcóyotl.

Hasta que llegó el día en que mi madre se quitó la ceniza de las manos, de los ojos, de la cara y se adornó con un vestido de mariposas blancas y rojas, rojas y verdes, verdes y azules. Nos preparamos para la gran fiesta de la Madre de las Cosechas, porque mi hermana, Ala de Mariposa, completaba el tiempo para el cual había nacido en su destino: ser nuestra madrecita Esperanza, nuestra madrecita Lucero, y dedicar su sangre al dios de la Pierna de Palo, nuestro señor en el Templo Mayor.

Nuestra casa se llenó de visitantes. La gente llegaba para pedirle cosas a mi hermana y a reír con ella. Ala de Mariposa no cabía en sí de la gran alegría que sentía dentro del pecho. —Mañana seré parte del Dios —decía y repetía hasta que sus ojos tan alegres y tan lindos se le empañaban de lágrimas.

Esa noche, anterior a la otra en que mi hermana partiría para siempre hacia la Región de las Luces, hicimos oración para recordar a mi padre que tuvo la sabiduría de escoger a mi hermana y ofrecerla al templo como alimento para el señor de Cara Negra, el señor de la Pierna de Palo, el que todo lo sabe, el que hace caminar al mundo, el que recibió el cielo y la tierra alrededor del gran lago para que la gente le adorara. Fue la primera gran dicha de mi vida.

La fiesta se quedó grabada entre mis nudos de colores y la forma en que despedimos a nuestra hermana hizo que mi madre llorara de eterna alegría hasta el último día de su vida. Primero, mi hermana fue conducida en una caravana de flores hasta el Templo Mayor. Recuerdo que llevaba un vestido hecho de papel blanco estampado con mariposas azules. Y todas las niñas que iban con ella también tenían vestidos de papel con mariposas de colores, como aquellas que cazábamos de

niños, entre los tulares del lago. Antes de la ceremonia, se inició la danza. Mi madre, en calidad de señora madre de una Mariposa Azul, empezó la danza.

Los muchachos del camino vecino al nuestro organizaron un coro de sopladores de campanas de barro rojo; frente a ellos estaba un coro de niñas, llamadas también campanitas azules. Ambos grupos formaban una y otra línea hasta integrar todas las del arco iris. Los hombres soplaban las campanitas que pendían, a la altura de sus ojos, de unos mecates rojos. Y cada vez que un muchacho soplabla, la campanita se mecía y hacía plin, plin, plan... En el centro, mi hermana, Ala de Mariposa, inició la danza que tantas veces había ensayado.

La gente, vecinos que habían venido desde los diferentes barrios de Tenochtitlan y de Tlatelolco, se apiñaba con grande orden para ver lo que estaba pasando. Arriba, en la última grada del Templo Mayor, los sacerdotes hieráticos, con sus trajes negros y sus cuchillos, de obsidiana, esperaban.

Ala de Mariposa inició la Danza de la Semilla, y las muchachas del coro empezaron a alegrar la tarde. Formaban las filas del arco iris. La primera fila murmuraba como campanita. La segunda, silbaba como las aves misteriosas que venían al mercado desde las tierras de la fruta y el viento. La otra fila volvía a gemir como una campanita. En verdad que fue algo muy hermoso de ver y la gente gozaba en su gran silencio.

Ala de Mariposa comenzó a contar la historia de la semilla, y fue creciendo en su danza como crece el verolís. Fue bella como cuando revienta la flor. Y bailó muy de verdad hermosa cuando estaba representando el fruto de la planta. Después, un grupo de muchachos lanzó chorros de agua sobre ella. Las flores y las mariposas azules de su vestido se fueron destiñendo, y el traje blanco de papel se llenó de manchas azules. Mi hermana seguía el baile. Al recibir más agua, el traje de papel se rompió hasta no quedar más que el cuerpo hermoso, desnudo, que ella tenía. Y así, desnuda, siguió danzando hasta que se inclinó sobre la tierra y besó a la Madre Tierra Húmeda.

Fue solo un minuto, ya que al momento se presentó el sacerdote guía y la invitó a subir al Templo, donde los señores Cinco Sacrificadores la estaban esperando para que tuviera la enorme alegría de ofrecer

su corazón de virgen al dios de los dioses y al dios de la Lluvia y a la diosa de la Cosecha, como había sido desde siempre en nuestro pueblo...Tenochtitlan.

Tenochtitlan, el lugar donde los lirios de la laguna abren sus pétalos a la luz.

La ofrenda de mi hermana, Ala de Mariposa, está grabada en mi memoria como si fuera la más hermosa página del libro de la Sabiduría, de los Poemas Verdes en la Casa del Saber de Texcoco. Y fue el último regocijo de mi madre, que vivió de los grandes recuerdos desde entonces y para siempre. El primer recuerdo fue de nuestro padre, capturado por los enemigos de Tenochtitlan e invitado a ofrecer su corazón al dios del lago. La hermosa ofrenda del pequeño corazón que una tarde de sol regaló mi señora hermana, Ala de Mariposa.

Tiempo después recibí en la Escuela de los Mayores el permiso para ejercer mi oficio. Para entonces ya había encanecido mi cabeza. Mis ojos estaban turbios por el tiempo. Pero también es cierto que en ese tiempo ya nada necesitaba ver con mis ojos, puesto que, como lo auguró mi señor padre, ya todo lo conocía.

Para el tiempo de lo que sucedería y que había sucedido ya en mis libros de sabiduría, mi nombre era conocido como sabio entre los sabios de Tenochtitlan, de Texcoco, de Tlatelolco, de Cholula. El señor Tlatoani y su Consejo de los Treinta Señores me consultaban sobre muchas cosas.

Sabía el destino de la calzada de Cuexpopa, el lugar donde se abrían las flores, el noreste, el sino de la calzada de Moyotlan, el lugar de los mosquitos, al suroeste, en donde miles de niños, de hombres y de mujeres vivían pescando huevecillos de moscos, la calzada del sureste, Teopan, donde estaba el lugar del Dios y se levantaba el gran recinto del Templo Mayor; y también la calzada del noroeste Aztacalco, el lugar de la casa de las garzas...

Y ahora que todo sucedió como los libros decían que tenía que suceder, ahora que la gran ciudad de México, Tenochtitlan, ya no existe; ahora que a nosotros, los habitantes de esta gran ciudad, se nos cuenta como la piedra de un camino; ahora me hago la misma pregunta que otros suelen hacerme:

—...¿Y fue hermoso el comenzar de la historia?

Era una mañana dorada como una tortilla sobre el comal. El tular florecido, mansamente abanicado por el viento que corría por todos los caminos del lago de Texcoco. Era un viento tenue de los que casi se adivinan y en el que la gente de esta ciudad se inspiraba para inscribir el nombre de sus hijas, de sus hijos, de sus nietos y de las cosas. Y desde donde yo estaba sentía el chasquido de un remo que movía el agua. Solamente escuchaba el eco de un remo. Era una pequeña canoa que se abría paso por entre los miles de flores del tular. Entonces vi a la mujer que la conducía. No era distinta de las mujeres que cada hora, cada día —aunque no fuera día de mercado— venían por miles y miles en sus canoas, desde todas las orillas del lago, hasta la ciudad de Tenochtitlan. Como ella estaba ante mi vista, la miré cómo cortaba flores y las iba lanzando al fondo de la canoa, donde ya tenía cientos de ellas y de todos los colores. Y allá, muy lejos, se miraba la calzada de Ixtapalapa, la grande, la hermosa, la que se adentraba en la ciudad desde diez millas de distancia; allá en la tierra de la firmeza, donde empieza el camino de los volcanes.

Después, seguí con la mirada el rumbo que tomó la mujer y divisé miles de canoas más. Todas conducidas por mujeres algunas de ellas casi niñas, otras viejas. Y todas las canoas estaban llenas de flores. Entonces calculé que jamás en mi vida había visto tantos millones de flores juntas.

Y todas esas canoas enguinaldadas, dirigidas por las mujeres, llegaban a un mismo lugar. Desde la azotea de mi casa pude apreciar cómo se varaban junto a la calzada de Ixtapalapa y la cubrían de flores. Fue un nunca visto y hermoso espectáculo en la gran calzada de Ixtapalapa, toda enflorada en sus diez kilómetros de longitud.

Mi vista se separó un instante de las canoas, de las mujeres y de sus cargas de flores, y la posé en los campos floridos de los magueyes... y en nuestro Padre Horizonte, donde se enmarcaba un volcán cubierto de nieve, lanzando humo esa mañana... Y más allá de allá, el lago de Texcoco, dividido por el gran dique que impedía a sus aguas salobres juntarse con las dulces de nuestra hermana laguna de Tenochtitlan.

Y así como después se marcarían en rojo los nombres de los invasores en el rostro de nuestros guerreros, en el hombro de nuestras vírgenes, en la pantorrilla de nuestros niños para convertirlos en esclavos;

así, en un rojo vivo, vi aparecer unas letras sobre el azul del lago que decían:

8 Ehecatl Quechollt

Y escuché un grito de mujer, también con palabras en rojo, que las repetía.

Esa mañana fue el día 8 de noviembre de 1519, en el habla de los visitantes, llamados por otros, mensajeros de nuestro señor Quetzalcóatl, hijos de los dioses y dioses ellos mismos. Volví la mirada hacia la gran ciudad de Tenochtitlan, tan reunida por los siglos, tan hermosa... y lloré. Era nuestro último día de libertad. Porque esa fue la voluntad de nuestros dioses.

Desde ese momento, la cuenta del tiempo caminó por otro lugar, como si de repente los pájaros empezaran a volar por debajo de la tierra.

Nunca nadie había visto la gran calzada de Ixtapalapa tan llena de cosas bellas en toda su extensión, desde que nacía en la orilla de la ciudad y cruzaba la Puerta del Águila, la Puerta de la Rana, y la Puerta del Jaguar, en el mismo corazón de nuestro Templo. Un viento muy lindo agitaba las ramas de todos los árboles, llenas de frutas y de flores. Y desde un árbol hasta otro, por miles de miles, colgaban cordones con florescencias de papel. La señora de la Casa de las Niñas se había preocupado porque se calcaran, en papel de colores, todas las flores de la tierra habitada por los mexicas; y toda ella estaba alfombrada, esterada, llenita de rosas y de flores del tular.

En el centro mismo de los brotes que se extendían hasta perderse de vista, allá sobre el horizonte del camino, en mitad del agua, se escuchó de repente una flauta. Al sonido de la flauta le siguió un sordo tañido de tambor como el de las celebraciones. Luego, el silencio, y tras el silencio, un soplo de neblina –que danzaba a veces sobre la laguna– lo fue cubriendo todo y no se miró ya la calzada de Ixtapalapa.

Cuando la neblina pasó, allá estábamos todos los mexicas. Los habitantes por su orden: las mujeres y los niños, las muchachas guerreras, los muchachos guerreros. Todos estábamos con un olor a perfume que empezaba a percibirse con los rayos del sol. Un perfume de rosas y tulares que ascendía hasta quedársenos en mitad de

las manos. Ahí estábamos todos los habitantes de Tenochtitlan en toda la orilla de la gran calzada, desde el principio hasta el fin; juntitos los pies, cabeza frente a cabeza, hombro con hombro. Allí estábamos, con nuestro corazón como las flores, esperando. Ahí teníamos los pies, algunos descalzos y otros con huaraches. Muchos de nosotros con los mejores vestidos, y todos con un ramo floreciente en nuestras manos. Detrás de nosotros, sobre el azul ya purísimo de la laguna, flotaban las chinampas.

No sé lo que dirá la otra historia. La que empezaron a contar los que llegaron hasta nuestra ciudad en mitad de los rayos del sol de la mañana. Creo que ellos escribieron lo primero que vieron. Lo primero que apuntaron en sus libros fue nuestro rostro. Sus ojos se quedaron en nuestros ojos. Y así fue, ya que así siempre empieza la historia.

Ellos vieron nuestros rostros. Rostros de niñas, de niños, de mujeres, de doncellas, de viejitos, de viejitas, de soldados, y también los ojos de los Caballeros Águila, de los Caballeros Coyote, de los Caballeros Jaguar... Y de seguro escucharon cómo el señor del Caracol, allá lejos, en la entrada de la ciudad, empezó a sonar y a soplar con fuerza para dar las segundas horas del día. El caracol sonó, cantó. Luego, otro caracol siguió sonando, tocado por el ayudante del señor del Caracol, hasta que terminó en una última nota sostenida por el eco de nuestro aliento.

Volví a mirar el lugar de nuestro padre el Sol y me di cuenta de que ya iba entrando en la mitad del cielo, que ya se adelantaba el día final de nosotros, los aztecas.

Cuando se oyó el grito de otro caracol, todos los que estábamos en la línea, en ambos lados de la calzada, volvimos los ojos hacia los volcanes. Allá lejos se divisaba un personaje que ingresó de primero en la calzada. Fue el primero en pisar las flores. Fue el inicial en hollar la gran estera florida. Venía gritando y moviendo una bandera de extraños colores; luego sabríamos que era el estandarte del llamado señor hijo de los dioses, que en ese momento llegaba desde Castilla y Aragón, nombres extraños de tierras muy lejanas, más allá de donde empiezan las tierras de la fruta, la miel, el algodón y las plumas del quetzal. El portador de la bandera, guerrero de Tlaxcala, gritaba en nuestro mejor idioma:

—Habitantes de Tenochtitlan, guerreras y guerreros, señores del Templo, señores de la Guerra, hijas e hijos de los señores de la Guerra, habitantes de esta laguna y de todas las lagunas; hay que tener alegría, deben tener alegría. Es la hora del asombro porque ingresa en esta gran ciudad de Tenochtitlan el invencible ejército del gran capitán don Hernán Cortés, y les visita en el nombre del gran señor don Carlos y su señora madre, doña Juana, grandes señores del mundo. Señores y señoras guerreras y guerreros, hijos del Sol; cualquiera que osare atravesarse en el camino de este ejército, será de inmediato cortado por la mitad del cuerpo.

En el rostro de los miles y miles que estábamos alineados en la orilla de la calzada, se quedó el asombro por esas palabras. Estábamos acostumbrados a que al ingresar los visitantes en nuestra gran ciudad se pronunciaran palabras de miel; y he aquí que este guerrero de Tlaxcala, de nuestros enemigos ya viejos, ya tenía la lengua de los recién llegados para augurarnos el mal. Nada de cantos. Nada de danzas. Nada de flores.

Todo pasó como lo había leído en los libros sagrados de los tiempos. El corazón se me hizo así de grande, como cuando el puño está lleno, hasta el borde, de chile rojo. Fue como lo escribió nuestro señor Nezahualcóyotl, en el año Ce Acatl nosotros los aztecas perderíamos la libertad.

No puedo decir qué vino después. Fue extraño. Se escuchó un sonido bonito. Era una marcha. La primera de las marchas de Castilla que escucharíamos. Empezó allá de lejos y poco a poco se fue acercando hasta incrustarse en cada uno de nuestros oídos y nuestros ojos. Era el llamado invencible ejército de los hijos del Sol, que daba sus primeros pasos en la inmensa estera de flores.

Cerca de donde yo estaba, un guerrero Águila oía con desagrado las palabras fanfarronas del guerrero de Tlaxcala, el primero que entraba a nuestra ciudad como hombre libre, después de cien años. Era el rostro del señor de Tlatelolco, el joven Cuauhtémoc. Había incertidumbre en la chispa de sus ojos.

Todos los rostros estaban llenos de alegría, de incertidumbre, de asombro. Era lógico, pues ante nuestros ojos empezaron a desfilar los hijos del Sol, los dioses blancos. Y ya escuchábamos y ya conocíamos el

eco del galopar de los caballos, enormes, como venados grandes. Caballos y caballeros pasaron lanza en ristre, hombro con hombro, ocupando en línea de a ocho todo el grosor de la calzada.

Luego miramos y escuchamos el jadeo de una trailla de grandes perros, con pintas blancas y negras, que jadeaban y lanzaban espuma, tratando de soltarse de sus conductores que eran soldados portadores de venablos al hombro. Querían lanzarse sobre nosotros, eran parte del gran ejército invencible de Hernán Cortés, y nos miraban así de raro, porque los soldados solían alimentarlos con la carne de los guerreros cautivos que ellos tomaban en combates. Aullaban y asustaban a los niños que se asían a las enaguas de sus madres.

Y vi cómo los guerreros blancos, hijos del Sol, no ponían cuidado de la alfombra que nosotros habíamos tendido para que ellos pasaran. Solo tenían ojos para las tetas de las mujeres. Miraban solamente el pecho de las miles y miles de doncellas guerreras que, coronadas de flores y con las tetas libres, formaban fila hombro con hombro. Miraban el descubierto pecho de miles de doncellas como si sus ojos no fueran los ojos de los hijos de un Dios.

Ante nuestros ojos pasaban los caballos sudorosos, llenos de espuma los hocicos; el día estaba casi a punto de su ocaso. Y todo eso acompañado por el ruido de las armaduras de los soldados que iban pasando, que ya pasaron ante nuestros ojos, alineados como el viento en la orilla de la calzada.

El sonido de una sola trompeta interrumpió nuestro asombro. Todos volvimos los ojos para ver a un solo hombre que ingresaba de último en Tenochtitlan. Un mozo, de espalda desnuda, guiaba las riendas del caballo. Mis ojos se posaron en los cascos del caballo que ya pasaba ante mí. Detrás del caballo solo quedó el resto sucio de los millones de flores destrozadas. Y seguimos mirando a Hernán Cortés cómo marchaba detrás de su ejército rumbo al Fuerte de Xólotl, donde los señores de Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan lo estaban esperando.

Frente a él habían pasado, para gloria de su gloria, y para pena nuestra, miles de guerreros del pueblo de Tlaxcala. Ellos también irrumpieron en nuestra ciudad como triunfadores, no como invitados. Y fue tan de sorpresa su entrada, que ni siquiera tuvimos tiempo para organizarnos y lanzarles flores amarillas a su paso.

Se puede afirmar y escribir en la historia que el ejército de la gran ciudad de Tlaxcala, de la invencible ciudad de Tlaxcala, ingresó en nuestra ciudad, y sobre el eco de sus pasos llegó Hernán Cortés, el hijo del Sol, en nombre de los reyes de Castilla y Aragón. Y también, que llegó de último para ocupar el lugar del perro en la ya antigua historia de nuestra bella ciudad de México Tenochtitlan.





Acerca del autor

José León Sánchez Alvarado (1930, Cucaracho del Río Cuarto, Costa Rica). Tras ser regalado por su madre, vivió en un hospicio de huérfanos. En 1950 se le inculcó, bajo tortura, de robar las joyas de la Virgen de los Ángeles y de asesinar al guardia.

Noveló su reclusión en *La isla de los hombres solos* (Grijalbo), que ha vendido más de dos millones de ejemplares.

En 1963 ganó, desde la cárcel, el premio Juegos Floreales, que se le otorgó en el Teatro Nacional, en una silla vacía, con un ramo de rosas. Recobró su libertad en 1980 y en 1998 la Corte Suprema de Justicia de Costa Rica determinó “con lugar” su solicitud de inocencia. Ese mismo año fue declarado libre de toda pena.

De su obra destacan: *Cuando nos alcanza el ayer*, *La Cattleya Negra*, *Cuando canta el caracol*, *Campanas para llamar al viento* y *Mujer... aún la noche es joven*. Ha sido publicado en alemán, francés, inglés, italiano, holandés, mandarín y ruso. Obtuvo cinco veces el Premio Nacional de Literatura; la UNAM lo designó Doctor Honoris Causa y es miembro de la Comisión Mundial de Tratamiento del Delincuente de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

Tenochtitlan. La última batalla de los aztecas ha vendido más de millón y medio de ejemplares.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
Librería UCR Virtual.

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL



Novela histórica que versa sobre la llegada de Hernán Cortés y los conquistadores españoles a México, la forma en la que se desarrolló la conquista y cómo la consumaron, todo desde la perspectiva de los vencidos.

La conquista de México es uno de los acontecimientos más importantes de los últimos 500 años. No obstante, la manera en que se ha contado esta historia depende del enfoque y los intereses de quien la narra. Numerosos autores han abordado el tema, pero ninguno lo ha hecho como José León Sánchez. Con *Tenochtitlan: la última batalla de los aztecas*, su autor nos presenta una vibrante novela que se aleja de la versión de los vencedores, de las palabras que le dedicaron al tema durante siglos españoles y anglosajones. En este libro los personajes poseen una dimensión de gran profundidad psicológica y cultural, como el héroe anónimo que protagoniza la narración y que encarna el ideal de orgullo y resistencia ante la sanguinaria ocupación de los invasores, sedientos de oro y riquezas. José León Sánchez ha escrito la novela que, por fin, da voz a los que fueron vencidos tras una heroica defensa de la espléndida ciudad de Tenochtitlan, en una de las guerras más injustas y bárbaras de todos los tiempos. *Tenochtitlan: la última batalla de los aztecas* revive con especial fuerza e intensidad el colapso de toda una civilización y el salvajismo con el que fue destruida.


EDITORIAL
UCR

ISBN 978-9968-46-826-8



9 789968 468268